

y vitalizar la inmanencia del espíritu, ésta fué, según el autor, la empresa de la filosofía de la existencia. Heidegger le parece la figura representativa del movimiento. Recorre, además, los sistemas de Sartre y Jaspers. La filosofía de la existencia conduce, según Schneider, al relativismo, y lleva a sus últimas consecuencias las dos corrientes anteriores.

Finaliza el libro con un capítulo de resumen: «Filosofía y cuestiones filosóficas del presente». (Debería haberse completado: «del presente en lengua alemana», pues apenas aparecen autores que escriban en otra lengua.) En este capítulo aparecen incluidos otros autores, que no hubiesen podido clasificarse en los anteriores apartados.

Los planteamientos filosóficos de las «filosofías» anteriormente descritas trazarán el campo de problemas, en los que se debatirá la actual filosofía. Términos de oscilación de posibles soluciones serán: trascendencia-inmanencia, objeto-sujeto, sensación-espíritu, etc. Dentro de estas órbitas van a moverse: H. Driesch, John Rehmke, el «realismo crítico» de N. Hartmann, así como, en el terreno de lo ontológico, su análisis categorial y estructural. Preocupados por esclarecer el tema del *Wahrnehmen*, filósofos como Dingler, Haering May. Su correspondencia fuera del área propiamente cognoscitiva lo representan los problemas en torno a los valores, tema del *Wertnehmen*: Scheller y también Hartmann. La filosofía de los valores constituye una de las directrices importantes de la filosofía actual.

El conjunto de este breve manual constituye una exposición clara y ordenada de las corrientes filosóficas que hoy tienen especial relieve, seguidas de breves resúmenes de consecuencias. Entre éstas no se omiten nunca las que para la teología pueden tener todos estos movimientos. La intención de objetividad e imparcialidad se mantiene en todas las páginas, sin llegar a plantear nunca los problemas en su dimensión de hondura.

MARÍA RIAZA

MÜLLER, Max: *Crise de la metaphysique (Situation de la philosophie au XX<sup>e</sup> siècle): Textes et etudes philosophiques*. Desclée de Brouwer, París, 1953; 125 págs.

El volumen se compone de dos conferencias conexas que sirven, principalmente, para esclarecer el pensamiento de Heidegger. El propósito de la colección «Textes et etudes philosophiques» es llamar la atención sobre puntos de relieve e interés en la investigación filosófica. Este libro que nos ocupa consigue magníficamente su cometido, con claridad y hondura. No obstante su título, se separa de los resúmenes al uso, sobre el tan traído y llevado «existencialismo».

El texto articula dos partes, bajo el centro de gravedad de Heidegger. La primera, de la que toma su título «Crise de la metaphysique», consta de XV capítulos, más un apéndice sobre «El ser y la esencia». En la segunda, como prolongación del apéndice, se trans-

cribe una recomposición de la conferencia dada por Müller en el primer coloquio internacional de fenomenología en el año 1951, sobre «Fenomenología, Ontología y Escolástica». Los traductores de cada una de estas partes son, respectivamente, Max Zemb, C. R. Chartier y Joseph Rován.

La publicación, en 1927, del *Sein und Zeit*, de Heidegger, supone un viraje en el modo de entender el mismo hacer filosófico. Para Müller esta novedad debe centrarse en el concepto de «existencia» lanzado por aquél. Para llegar a su intelección es menester separarle del aún hoy vigente entre los que se llaman «existencialistas», incluyendo al mismo Sartre. Pero más aún: el tema de la existencia tiene hondas raíces en la historia del pensamiento filosófico; por eso hay que plantearlo en un ámbito más amplio. Müller intenta una gran síntesis: opone la filosofía de la existencia de Heidegger a todos los modos filosóficos anteriores de tratar el tema.

La historia toda de la filosofía está cortada por dos fundamentales modos de acceso a la realidad: «realismo» e «idealismo». Estos dos modos tienen algo en común: son «filosofías esencialistas». Para ellas, existencia no es sino realización de una esencia cualesquiera. Ambos modos chocan con los dos trazos característicos de la mentalidad actual: conciencia histórica (que invalida la problemática del «realismo») y conciencia de finitud (que invalida la del «idealismo»). Estos dos trazos aparecerán transfundidos en la metafísica de Heidegger, profundamente enraizada en su tiempo.

Planteadas así la cuestión, pasa a exponer la peculiaridad del *Dasein* y su relación con el ente. Sin embargo, no era suficiente para entender el planteamiento histórico, pues las corrientes similares actuales dificultan aún más la comprensión. Estamos acostumbrados, por desgracia, a recibir la imagen de un Heidegger pesimista (concepto de angustia, que se trivializa al entenderse psicológicamente), nihilista (por entenderlo a la luz de Sartre), antiteológico, etc. Max Müller se encarga de demostrar, más que la falsedad o no, la incompreensión de su pensamiento, que supone estos cargos (así, las citas y comentario de la «Carta sobre el humanismo»).

La figura de Heidegger, tal y como nuestro autor la encuadra, exige el complemento del primer apéndice: «Ser y esencia». Si Heidegger considera a la base de todo esfuerzo filosófico la diferenciación entre el ser y el ente, es porque este esfuerzo supone un intento de entender al ente desde el ser, es decir, en función del ser. En las filosofías esencialistas esto quería decir consideración del ente desde el punto de vista de la esencia. Es, pues, problema gravísimo y muy delicado para la comprensión de Heidegger en su perspectiva histórica. En este apéndice se replantea el ámbito apuntado en los primeros capítulos, más detenida y hondamente.

Por último, la conferencia sobre fenomenología. Heidegger procedía, en gran parte, de Husserl (la conferencia originalmente no tuvo que ver con el tema de ahora, pero ha sido un gran acierto de los editores incluirla, pues completa magníficamente la perspectiva), y

también de sus discrepancias con él. El análisis del «darse», que tan extraordinariamente había llevado a cabo Husserl, aparece puesto en duda por sus discípulos más adictos en estos «Coloquios de Bruselas». Max Müller cuenta la impresión que esto le hizo. La duda afectaba a la «originalidad» de este «darse» y a la posibilidad de llegar hasta él, después de las reducciones; a algo más que una «certeza», es decir, llevaba consigo la imposibilidad de alcanzar la verdad desde la conciencia pura. No es fácil el tema, y sin embargo Müller lo ataca, con extraordinario interés, y no sin finura. Con esto termina el pequeño tomito.

La unidad del libro, hecho de recortes, hay que subrayarla al cerrar su última página: es una unidad interna, que se refiere a la línea de problemas que rozan los más graves temas filosóficos que están hoy planteados.

MARÍA RIAZA

PERELMAN, Ch., y OLBRECHTS-TYTECA, L.: *Rhetorique et Philosophie*. Presses Universitaires de France, París, 1952; 160 págs.

La Retórica ha sido una disciplina en parte olvidada, en parte adulterada por la tradición intelectual de Occidente. Los señores Perelman y L. Olbrechts-Tyteca dedican sus esfuerzos en este libro a revalorizar la Retórica. Por una parte, la Retórica se ha desprestigiado considerándola como una actividad intelectual no regulada por las exigencias lógicas; de otra parte, el nombre y el contenido de la disciplina se aplican unilateralmente al estudio clásico de la oratoria y los modos de dicción dentro de la finalidad de los estilos. Ahora bien, esto no fué así originariamente, ya que en el mundo clásico la Retórica tenía un papel principalísimo. Si Lógica era el proceso intelectual construido sobre lo evidente y las consecuencias necesarias de lo evidente; es decir, si Lógica equivalía a la ciencia de lo necesario en cuanto proceso discursivo y, por consiguiente, obligaba al interlocutor sometido a «la dialéctica lógica del logos», a reconocer inexorablemente la exactitud de ciertas conclusiones, la Retórica tendía simplemente a persuadir. La argumentación retórica no convenía desde la necesidad, sino desde un convencimiento logrado por persuasión. Por esta razón Aristóteles aconsejaba la Retórica para convenecer a aquellos públicos que no tenían preparación intelectual especializada para la especulación de carácter estrictamente lógico. Esto explica, por otra parte, que la Retórica se convirtiese paulatinamente en la disciplina que enseñaba a hablar en público, es decir, en el arte del orador; ya que el orador está siempre en las condiciones que se exigen para que la Retórica pueda emplearse. Pero, ¿realmente ha pasado el tiempo de la Retórica? ¿No puede renovarse y aplicar sus normas y métodos a una multitud de actividades intelectuales que no caen dentro de la actividad propia y exclusivamente